



Jack London

Bâtard

E LEJANDRIA



Jack London

Bâtard



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

BÂTARD

JACK LONDON

PUBLICADO: 1902

FUENTE: [HTTPS://EN.WIKISOURCE.ORG](https://en.wikisource.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: THE FAITH OF MEN, 1904

BÂTARD

Bâtard era un demonio. Esto era algo reconocido en todo el Norte. «La Cría del Infierno» lo llamaban muchos hombres, pero su amo, el Negro Leclère, le había elegido el nombre infamante de «Bâtard». Y el Negro Leclère era también un demonio, y los dos hacían buena pareja. Hay un dicho que reza que cuando dos demonios se juntan, el diablo cobra lo suyo. Era de esperar, y desde luego era de esperar cuando Bâtard y el Negro Leclère se encontraron. La primera vez que se vieron, Bâtard era un cachorro a medio crecer, flaco y hambriento, con ojos amargos; y se encontraron con dentelladas y gruñidos, y miradas feroces, pues el labio superior de Leclère tenía esa manera lobuna de levantarse para mostrar los dientes blancos y crueles. Y se levantó entonces, y sus ojos brillaron con malicia, al alargar la mano hacia Bâtard y arrastrarlo fuera de la camada que se retorció. Era evidente que se reconocieron mutuamente, pues al instante Bâtard le había hundido los colmillos de cachorro en la mano a Leclère, y Leclère, con el pulgar y el índice, le estrangulaba fríamente la joven vida.

—Sacredam —dijo el francés en voz baja, sacudiendo la sangre fresca de la mano mordida y mirando al pequeño cachorro que se ahogaba y boqueaba en la nieve.

Leclère se volvió hacia John Hamlin, tendero del Puesto de la Milla Sesenta.

—Dat fo' w'at Ah lak heem. 'Ow moch, eh, you, M'sieu'? 'Ow moch? Ah buy heem, now; Ah buy heem queek.

Y porque lo odiaba con un odio excepcionalmente amargo, Leclère compró a Bâtard y le dio su nombre infamante. Y durante cinco años los dos aventuraron por el Norte, desde San Miguel y el delta del Yukón hasta los tramos altos del Pelly, e incluso tan lejos como el río de la Paz, el Athabasca y el Gran Lago de los Esclavos. Y se labraron una reputación de maldad sin concesiones como nunca antes se había atribuido a hombre y perro alguno.

Bâtard no conoció a su padre —de ahí su nombre—, pero, como sabía John Hamlin, su padre era un gran lobo gris de los bosques. Su madre, en cambio, tal como la recordaba vagamente, era una husky gruñona, pendenciera, obscena, de pecho ancho y tórax profundo, con un ojo maligno, un apego gatuno a la vida y un talento para el engaño y la maldad. En ella no había ni fe ni confianza. Solo en su traición podía contarse, y sus aventuras amorosas en el bosque salvaje atestiguaban su depravación general. Mucho de maldad y mucha fortaleza había en estos progenitores de Bâtard y, hueso y carne de sus huesos y de su carne, él lo había heredado todo. Y luego llegó el Negro Leclère, a posar su mano pesada sobre aquel fragmento de vida perruna palpitante, a presionar y moldear hasta convertirlo en una gran bestia erizante, astuta en la bellaquería, rebotante de odio, siniestra, maligna, diabólica. Con un amo apropiado, Bâtard podría haber llegado a ser un perro de trineo corriente y bastante eficiente. Nunca tuvo esa oportunidad: Leclère no hizo sino confirmarle en su iniquidad congénita.

La historia de Bâtard y Leclère es una historia de guerra: cinco años crueles e implacables, de los cuales su primer encuentro es resumen fiel. Para empezar, la culpa fue de Leclère, pues odiaba con comprensión e inteligencia, mientras que el cachorro desgarrado y de patas largas odiaba solo a ciegas, por instinto, sin razón ni método. Al principio no había refinamientos de crueldad —esos llegarían después—, sino palizas simples y brutalidades rudas. En

una de ellas, Bâtard sufrió una herida en la oreja. Nunca recobró el control de los músculos desgarrados, y desde entonces la oreja le colgaba flácida para mantener vivo el recuerdo de su atormentador. Y nunca olvidó.

Su época de cachorro fue un período de rebeldía insensata. Siempre salía malparado, pero se defendía porque era su naturaleza defenderse. Y era inconquistable. Aullando de modo agudo por el dolor del látigo y el palo, las más de las veces se las ingeniaba para lanzar aún el gruñido desafiante, la amenaza amarga y vindicativa de su alma, que sin falta le atraía más golpes y palizas. Pero suyo era el apego tenaz a la vida de su madre. Nada podía matarlo. Prosperaba en la desgracia, engordaba con el hambre, y de su terrible lucha por la vida desarrolló una inteligencia preternatural. Suyos eran el sigilo y la astucia del husky, su madre, y la fiereza y el valor del lobo, su padre.

Quizá fue a causa de su padre que nunca lloraba. Los gemidos de cachorro se fueron con sus patas desgarbadas, de modo que se volvió hosco y taciturno, rápido para atacar, lento para advertir. Respondía a la maldición con el gruñido, y al golpe con la dentellada, mostrando entre tanto su odio implacable; pero nunca más, bajo la agonía más extrema, arrancó Leclère de él el grito de miedo ni de dolor. Esta inconquistabilidad no hacía sino avivar la cólera de Leclère e impulsarlo a mayores diabólicas.

Si Leclère le daba a Bâtard medio pescado y a sus compañeros pescados enteros, Bâtard salía a robarles el pescado a los otros perros. Asimismo robaba reservas y se expresaba en mil pillerías, hasta convertirse en el terror de todos los perros y amos de perros. Si Leclère le pegaba a Bâtard y acariciaba a Babette —Babette, que no era ni la mitad de trabajadora que él—, pues bien, Bâtard la tumbaba en la nieve y le rompía la pata trasera con sus poderosas mandíbulas, de modo que Leclère se veía obligado a pegarle un tiro. Del mismo modo, en encarnizadas batallas, Bâtard sometió a todos sus compañeros de equipo, les impuso la ley del camino y el forraje, y los hizo vivir según la ley que él dictaba.

En cinco años oyó una sola palabra amable, recibió una sola caricia suave de una mano, y entonces ni siquiera supo de qué clase de cosas se trataba. Dio un salto como la criatura indomada que era, y sus mandíbulas se cerraron en un instante. Era el misionero de Sunrise, recién llegado al país, quien pronunció la palabra amable y tendió la mano con suavidad. Y durante seis meses después, no escribió ninguna carta a los Estados, y el cirujano de McQuestion recorrió doscientas millas sobre el hielo para salvarlo de una septicemia.

Hombres y perros miraban de reojo a Bâtard cuando éste se acercaba a sus campamentos y puestos. Los hombres lo saludaban con los pies alzados en ademán amenazante para darle una patada, los perros con el pelo erizado y los colmillos al descubierto. Una vez un hombre sí le dio una patada a Bâtard, y Bâtard, con la rápida dentellada del lobo, cerró las mandíbulas como una trampa de acero en la pantorrilla del hombre y apretó hasta el hueso. Con lo que el hombre se propuso quitarle la vida, pero el Negro Leclère, con ojos sombríos y cuchillo de caza desnudo, se interpuso. Matar a Bâtard — ah, Sacredam, ese era un placer que Leclère se reservaba para sí. Algún día ocurriría, o de lo contrario... ibah! ¿Quién podía saberlo? En todo caso, el problema quedaría resuelto.

Pues se habían convertido el uno para el otro en problemas. El mero hecho de respirar era para cada uno un desafío y una amenaza para el otro. El odio los unía como el amor nunca podría hacerlo. Leclère tenía puesta su mira en el día en que Bâtard cediera en espíritu y se arrastrara gimiendo a sus pies. Y Bâtard... Leclère sabía lo que había en la mente de Bâtard, y más de una vez lo había leído en sus ojos. Y tan claramente lo había leído, que cuando Bâtard estaba a su espalda, tenía por costumbre mirar con frecuencia por encima del hombro.

Los hombres se maravillaban de que Leclère rechazara grandes sumas de dinero por el perro.

—Algún día lo matarás y habrás perdido lo que vale —dijo una vez John Hamlin, cuando Bâtard yacía jadeando en la nieve donde

Leclère lo había pateado, y nadie sabía si tenía las costillas rotas, y nadie se atrevía a mirarlo para comprobarlo.

—Dat —dijo Leclère en tono seco— dat is my biz'ness, M'sieu'.

Y los hombres se maravillaban de que Bâtard no se escapara. No lo entendían. Pero Leclère sí lo entendía. Era un hombre que vivía mucho a la intemperie, lejos del sonido de la lengua humana, y había aprendido las voces del viento y la tormenta, el suspiro de la noche, el murmullo del alba, el choque del día. De un modo vago podía oír el crecer de las cosas verdes, la carrera de la savia, el estallido del capullo. Y conocía el habla sutil de las criaturas que se movían: el conejo en el lazo, el cuervo sombrío batiendo el aire con el ala hueca, el oso de cara blanca escarbando bajo la luna, el lobo como una sombra gris deslizándose entre el crepúsculo y la oscuridad. Y Bâtard le hablaba con claridad y de modo directo. Entendía muy bien por qué Bâtard no se escapaba, y miraba con más frecuencia por encima del hombro.

Cuando estaba colérico, Bâtard no era agradable de ver, y más de una vez había saltado hacia la garganta de Leclère, para quedar tendido temblando e inconsciente en la nieve de un culatazo del látigo para perros siempre listo. Y así aprendió Bâtard a esperar su momento. Cuando alcanzó su plena fuerza y la flor de la juventud, creyó que el momento había llegado. Era de pecho ancho, musculatura poderosa, de un tamaño muy superior al corriente, y el cuello, de la cabeza a los hombros, era una masa de pelo erizado: en todo a primera vista un lobo de pura cepa. Leclère dormía entre sus pieles cuando Bâtard juzgó que el momento era propicio. Se arrastró hacia él con sigilo, la cabeza baja pegada a la tierra y la oreja sana echada hacia atrás, con esa suavidad felina en el paso. Bâtard respiraba despacio, muy despacio, y solo cuando estaba muy cerca levantó la cabeza. Se detuvo un instante y miró la garganta bronceada y robusta, desnuda y nudosa, que se hinchaba al compás de un pulso profundo y acompasado. La baba le goteó de los colmillos y se deslizó de la lengua a la vista de aquello, y en ese momento recordó su oreja caída, los innumerables golpes y los

agravios prodigiosos, y sin hacer ningún ruido se abalanzó sobre el hombre dormido.

Leclère despertó con el mordisco de los colmillos en la garganta y, animal perfecto que era, despertó con la cabeza despejada y plena comprensión. Le cerró los dedos en la tráquea con ambas manos y rodó fuera de las pieles para quedar encima con su peso. Pero los miles de antepasados de Bâtard se habían aferrado a la garganta de incontables alces y caribúes y los habían derribado, y la sabiduría de esos antepasados era la suya. Cuando el peso de Leclère cayó sobre él, impulsó las patas traseras hacia arriba y hacia dentro, y arañó pecho y abdomen, rasgando y desgarrando piel y músculo. Y cuando sintió que el cuerpo del hombre se encogía encima de él y se levantaba, mordió y sacudió la garganta del hombre. Sus compañeros de equipo se fueron cerrando en un círculo gruñidor, y Bâtard, con el aliento fallando y los sentidos desvaneciéndose, supo que sus mandíbulas estaban hambrientas de él. Pero eso no importaba: era el hombre, el hombre sobre él, y rasgó y arañó, y mordió y sacudió, hasta el último gramo de sus fuerzas. Pero Leclère lo estrangulaba con ambas manos, hasta que el pecho de Bâtard se agitaba y convulsionaba por el aire negado, y sus ojos se nublaron y se quedaron fijos, y sus mandíbulas se fueron aflojando poco a poco, y la lengua quedó asomada, negra e hinchada.

—¡Eh? ¡Bon, diablo maldito! —gorgoteó Leclère con la boca y la garganta obstruidas por su propia sangre, al tiempo que apartaba de sí al perro aturdido.

Y luego Leclère ahuyentó a los otros perros que se arrojaban sobre Bâtard. Estos retrocedieron formando un círculo más amplio, agachados alerta sobre sus cuartos traseros, lamiéndose los belfos, el pelo erizado y tieso en todos los cuellos.

Bâtard se recuperó rápidamente, y al oír la voz de Leclère, se tambaleó hasta ponerse en pie y se balanceó débilmente de un lado a otro.

—¡A-h-ah! ¡Tú, gran diablo! —balbució Leclère—. ¡Ah fix you; Ah fix you plentee, by Gar!

Bâtard, con el aire mordiéndole los pulmones exhaustos como vino, se lanzó de lleno al rostro del hombre, las mandíbulas fallando y cerrándose con un chasquido metálico. Rodaron uno encima del otro por la nieve, Leclère golpeando furiosamente con los puños. Luego se separaron, cara a cara, y se fueron rodeando mutuamente dando vueltas. Leclère podría haber desenvainado el cuchillo. El rifle estaba a sus pies. Pero la bestia que había en él estaba despierta y enfurecida. Lo haría con las manos, y con los dientes. Bâtard se abalanzó, pero Leclère lo derribó de un puñetazo, cayó sobre él y le hundió los dientes hasta el hueso en el hombro del perro.

Era un escenario primordial y una escena primordial, tal como pudo haber sido en la juventud salvaje del mundo. Un espacio abierto en un bosque oscuro, un anillo de perros lobos que enseñaban los dientes, y en el centro dos bestias trabadas en combate, mordiéndose y gruñendo, enfurecidas hasta el delirio, jadeando, sollozando, maldiciendo, forcejeando, enardecidas de pasión, en un frenesí asesino, rasgando y desgarrando y arañando con una brutalidad elemental.

Pero Leclère alcanzó a Bâtard detrás de la oreja con un puñetazo y lo derribó, dejándolo aturdido por un momento. Luego Leclère le saltó encima con los pies y subió y bajó sin cesar, esforzándose por aplastarlo contra la tierra. Ambas patas traseras de Bâtard estaban rotas antes de que Leclère cesara para tomar aliento.

—¡A-a-ah! ¡A-a-ah! —gritaba, incapaz de hablar, sacudiendo el puño, impotente de garganta y laringe.

Pero Bâtard era indomable. Yacía allí en un charco desamparado, el labio alzándose y contrayéndose débilmente en el gruñido que no tenía fuerzas para emitir. Leclère le pateó, y las mandíbulas cansadas se cerraron en el tobillo, pero no pudieron desgarrar la piel.

Entonces Leclère cogió el látigo y procedió casi a hacerlo pedazos, gritando a cada golpe:

—iDis taim Ah break you! iEh? iBy Gar! iAh break you!

Al final, agotado y desfalleciendo por la pérdida de sangre, se desplomó y cayó junto a su víctima, y cuando los perros lobos se cerraron para tomarse su venganza, con sus últimas fuerzas arrastró el cuerpo encima de Bâtard para protegerlo de sus colmillos.

Esto ocurrió no muy lejos de Sunrise, y el misionero, al abrir la puerta a Leclère pocas horas después, se sorprendió de no ver a Bâtard en el equipo. Ni disminuyó su sorpresa cuando Leclère retiró las pieles del trineo, tomó a Bâtard en brazos y cruzó con paso tambaleante el umbral. Daba la casualidad de que el cirujano de McQuestion, que era algo callejero, había subido a cotillear, y entre los dos se pusieron a reparar a Leclère.

—Merci, non —dijo él—. Do you fix firs' de dog. To die? Non. Eet is not good. Becos' heem Ah mus' yet break. Dat fo' w'at he mus' not die.

El cirujano lo llamó un prodigio, el misionero un milagro, que Leclère saliera adelante en absoluto; y tan debilitado estaba, que en primavera la fiebre lo atacó y volvió a caer de espaldas. Bâtard había estado en situación aún peor, pero su apego a la vida se impuso, y los huesos de las patas traseras se soldaron, y sus órganos se rehicieron, durante las varias semanas que estuvo atado al suelo. Y para cuando Leclère, finalmente convaleciente, amarillo y tembloroso, tomaba el sol junto a la puerta de la cabaña, Bâtard había reafirmado su supremacía entre los de su especie y había sometido no solo a sus propios compañeros de equipo sino también a los perros del misionero.

No movió un solo músculo, ni le tembló un solo pelo, cuando, por primera vez, Leclère salió tambaleándose apoyado en el brazo del misionero y se sentó lenta y con infinita cautela en el taburete de tres patas.

—iBon! —dijo—. iBon! iDe good sun!

Y extendió las manos demacradas y las bañó en el calor.

Luego la mirada se le fue al perro, y la vieja luz brilló de nuevo en sus ojos. Tocó levemente al misionero en el brazo.

—Mon père, dat is one beeg devil, dat Bâtard. You will bring me one pistol, so, dat Ah drink de sun in peace.

Y desde entonces, durante muchos días, se sentó al sol ante la puerta de la cabaña. Nunca se adormilaba, y la pistola le cruzaba siempre las rodillas. Bâtard tenía la costumbre de buscar, lo primero cada mañana, el arma en su lugar habitual. Al verla, le levantaba el labio apenas en señal de que entendía, y Leclère levantaba el suyo en una sonrisa correspondiente. Un día el misionero reparó en el juego.

—¡Santo Dios! —dijo—. En verdad creo que la bestia comprende. Leclère rió entre dientes.

—Mire, mon père. Dat w'at Ah now spik, to dat does he lissen.

Como en confirmación, Bâtard movió imperceptiblemente la oreja sana hacia arriba para captar el sonido.

—Ah say «keel».

Bâtard gruñó desde lo hondo de la garganta, el pelo se le erizó a lo largo del cuello, y cada músculo quedó tenso y en alerta.

—Ah lift de gun, so, like dat.

Y ajustando la acción a las palabras, apuntó la pistola a Bâtard. Bâtard, de un solo salto lateral, aterrizó al otro lado de la esquina de la cabaña, fuera de la vista.

—¡Santo Dios! —repitió a intervalos. Leclère sonrió con orgullo.

—¿Pero por qué no se escapa?

Los hombros del francés se encogieron con el gesto racial que lo significa todo, desde la ignorancia total hasta la comprensión infinita.

—¿Y por qué no lo mata?

De nuevo los hombros se encogieron.

—Mon père —dijo tras una pausa—, de taim is not yet. He is one beeg devil. Some taim Ah break heem, so an' so, all to leetle bits. ¿Eh? some taim. ¡Bon!

Llegó un día en que Leclère reunió a sus perros y bajó en un batou hasta Forty Mile, y de allí hasta el Porcupine, donde recibió un encargo de la Compañía P. C. y se fue a explorar durante casi un año. Después remontó el Koyukuk hasta la abandonada Ciudad Ártica, y más tarde fue a la deriva, de campamento en campamento, a lo largo del Yukón. Y durante los largos meses Bâtard fue bien adoctrinado. Aprendió muchas torturas: la tortura del hambre, la tortura de la sed, la tortura del fuego, y, peor que todas, la tortura de la música.

Como el resto de su especie, no disfrutaba de la música. Le producía una angustia exquisita, poniéndole los nervios en carne viva uno a uno, y desgarrándole cada fibra del ser. Le hacía aullar, largo y a la manera del lobo, como cuando los lobos aúllan a las estrellas en las noches heladas. No podía evitar aullar. Era su única debilidad en la contienda con Leclère, y era su vergüenza. Leclère, en cambio, amaba apasionadamente la música, con la misma pasión que amaba las bebidas fuertes. Y cuando su alma clamaba por expresarse, solía manifestarse de una u otra de estas dos maneras, y más habitualmente de las dos a la vez. Y cuando había bebido, con la cabeza encendida de canciones sin cantar y el demonio despertado y desbocado dentro de él, su alma encontraba su más alta expresión en torturar a Bâtard.

—Now we will haf a leetle museek —decía—. ¿Eh? W'at you t'ink, Bâtard?

Era solo una armónica vieja y abollada, atesorada con ternura y reparada con paciencia; pero era lo mejor que el dinero podía comprar, y de sus lengüetas plateadas sacaba aires vagabundos y extraños que los hombres nunca habían oído. Entonces Bâtard, mudo de garganta y con los dientes apretados, iba retrocediendo, palmo a palmo, hasta el rincón más lejano de la cabaña. Y Leclère, tocando sin parar, con un garrote robusto bajo el brazo, seguía al

animal palmo a palmo, paso a paso, hasta que no había más retirada posible.

Al principio Bâtard se encogía en el menor espacio posible, arrastrándose pegado al suelo; pero a medida que la música se acercaba más y más, se veía forzado a erguirse, con la espalda apretada contra los troncos y las patas delanteras agitándose en el aire como queriendo apartar las ondas ondulantes del sonido. Seguía manteniendo los dientes apretados, pero violentas contracciones musculares lo sacudían, extraños temblores y espasmos, hasta que estaba todo trémulo y retorciéndose en un tormento silencioso. A medida que perdía el control, las mandíbulas se le separaban convulsivamente, y profundas vibraciones guturales brotaban de él, demasiado bajas en el registro del sonido para que el oído humano las captara. Y entonces, con las narices dilatadas, los ojos abiertos de par en par, el pelo erizado de rabia impotente, brotaba el largo aullido del lobo. Venía con una arremetida ascendente, hinchándose hasta una gran explosión que partía el corazón, y desvaneciéndose en una pena de cadencia triste... luego la siguiente arremetida hacia arriba, octava sobre octava; el corazón estallando; y la infinita angustia y miseria, desfalleciente, apagándose, cayendo y muriendo poco a poco.

Era digno del infierno. Y Leclère, con perspicacia diabólica, parecía adivinar cada nervio y cada fibra del corazón en particular, y con largos lamentos y temblores y tonos menores sollozantes hacérselos entregar hasta el último jirón de su pena. Era aterrador, y durante veinticuatro horas después, Bâtard estaba nervioso y descompuesto, sobresaltándose con ruidos comunes, tropezando con su propia sombra, pero, con todo, vicioso y dominante con sus compañeros de equipo. Ni mostraba señales de un espíritu que se quebraba. Más bien se volvía más hosco y taciturno, aguardando su momento con una paciencia inescrutable que empezaba a desconcertar y pesar sobre Leclère. El perro yacía junto al fuego, inmóvil durante horas, con la mirada fija al frente en Leclère, odiándolo con sus ojos amargos.

Con frecuencia el hombre sentía que había topado con la mismísima esencia de la vida: la esencia inconquistable que precipitaba al halcón desde el cielo como un rayo emplumado, que empujaba al gran ganso gris a través de las zonas climáticas, que lanzaba al salmón en freza a través de tres mil kilómetros de torrente hirviente del Yukón. En tales momentos se sentía impulsado a expresar su propia esencia inconquistable; y con bebidas fuertes, música salvaje y Bâtard, se entregaba a vastas orgías en que oponía su mezquina fuerza a las cosas, y desafiaba todo lo que era, y había sido, y aún estaba por ser.

—Dere is somet'ing dere —afirmaba, cuando las vagabundas cadencias de su mente tocaban las cuerdas secretas del ser de Bâtard y arrancaban el largo aullido lúgubre—. Ah pool eet out wid bot' my han's, so, an' so. iHa! iha! Eet is fonee! Eet is ver' fonee! De priest chant, de womans pray, de mans swear, de leetle bird go peep-peep, Bâtard, heem go yow-yow... an' eet is all de ver' same t'ing. iHa! iha!

El padre Gautier, un respetable sacerdote, lo reprendió en una ocasión con ejemplos de perdición concreta. Nunca volvió a reprenderlo.

—Eet may be so, mon père —respondió—. An' Ah t'ink Ah go troo hell a-snappin', lak de hemlock troo de fire. ¿Eh, mon père?

Pero todas las cosas malas llegan a su fin del mismo modo que las buenas, y así le ocurrió al Negro Leclère. En las aguas bajas del verano, en un bote de pértiga, salió de McDougall hacia Sunrise. Salió de McDougall en compañía de Timothy Brown, y llegó a Sunrise solo. Además, era sabido que habían tenido una pelea justo antes de partir; pues el Lizzie, un vaporcillo de diez toneladas, lleno de resoplidos, que llegó veinticuatro horas después, le tomó la delantera a Leclère por tres días. Y cuando por fin llegó, fue con un orificio de bala limpiamente taladrado en el músculo del hombro, y con una historia de emboscada y asesinato.

Se había hecho un descubrimiento en Sunrise, y las cosas habían cambiado considerablemente. Con la afluencia de varios centenares de buscadores de oro, mucho whisky y media docena de tahúres equipados, el misionero había visto borrarse de golpe la página de sus años de labor entre los indios. Cuando las squaws se ocuparon en cocinar judías y mantener el fuego para los mineros sin mujer, y los braves en cambiar sus pieles de abrigo por botellas negras y relojes estropeados, él se fue a la cama, dijo «¡Santo Dios!» varias veces, y partió a su cuenta final en un cajón oblongo desbastado a hacha. Con lo que los tahúres trasladaron sus mesas de ruleta y faraón a la casa de la misión, y el tintineo de las fichas y el repiqueteo de los vasos subieron desde el alba hasta la oscuridad y vuelta al alba.

Pues bien, Timothy Brown era muy querido entre esos aventureros del Norte. Lo único que había en su contra era su temperamento irascible y la fácil predisposición al puñetazo: poca cosa, por la que su buen corazón y la mano perdonadora compensaban con creces. El Negro Leclère, en cambio, no tenía nada que compensar. Era «negro», como atestiguaban más de un acto bien recordado, y era tan odiado como el otro era querido. Así que los hombres de Sunrise le pusieron un vendaje antiséptico en el hombro y lo arrastraron ante el juez Lynch.

El asunto era sencillo. Había tenido una disputa con Timothy Brown en McDougall. Con Timothy Brown había salido de McDougall. Sin Timothy Brown había llegado a Sunrise. A la luz de su maldad, la conclusión unánime era que había matado a Timothy Brown. Leclère, por su parte, reconocía los hechos, pero rebatía la conclusión y daba su propia explicación. A veinte millas de Sunrise, él y Timothy Brown polaqueaban el bote a lo largo de la orilla rocosa. Desde esa orilla sonaron dos disparos de rifle. Timothy Brown cayó del bote y se fue para abajo dejando burbujas rojas, y ese fue el fin de Timothy Brown. Él, Leclère, cayó al fondo del bote con el hombro ardiendo. Permaneció muy quieto, espiando la orilla. Al cabo de un rato dos indios asomaron la cabeza y salieron hasta la orilla del agua, llevando entre ellos una canoa de corteza de abedul.

Cuando la echaron al agua, Leclère disparó. Acertó a uno, que fue al agua del mismo modo que Timothy Brown. El otro se dejó caer al fondo de la canoa, y luego canoa y bote de pértiga bajaron por el río en un combate a la deriva. Después se enredaron en una corriente bifurcada, y la canoa pasó a un lado de una isla y el bote de pértiga al otro. Ese fue el fin de la canoa, y él siguió hasta Sunrise. Sí, por la manera en que el indio de la canoa dio un salto, estaba seguro de haberle dado. Eso era todo. Esta explicación no se consideró suficiente. Le concedieron diez horas de gracia mientras el Lizzie bajaba a vapor a investigar. Diez horas después regresó resoplando a Sunrise. No había habido nada que investigar. No se había encontrado ningún indicio que respaldara sus declaraciones. Le dijeron que hiciera testamento, pues poseía una concesión de cincuenta mil dólares en Sunrise, y eran una especie que respetaba tanto la ley como la impartía.

Leclère se encogió de hombros.

—Bot one t'ing —dijo—; a leetle, w'at you call, favour... a leetle favour, dat is eet. I gif my feefty t'ousan' dollair to de church. I gif my husky dog, Bâtard, to de devil. De leetle favour? Firs' you hang heem, an' den you hang me. ¿Eet is good, eh?

Bueno era, acordaron, que la Cría del Infierno abriera camino para su amo al otro lado del último gran desnivel, y el tribunal se levantó para trasladarse a la orilla del río, donde un gran abeto se alzaba solo. Slackwater Charley hizo un nudo de verdugo al extremo de un cabo de halar, y se pasó el lazo por la cabeza de Leclère y se apretó bien alrededor del cuello. Le ataron las manos a la espalda y lo ayudaron a subir a lo alto de una caja de galletas. Luego se pasó el extremo corriente por una rama que colgaba, se tendió bien y se aseguró. Dar una patada a la caja dejaría a Leclère bailando en el aire.

—Ahora el perro —dijo Webster Shaw, que había sido ingeniero de minas—. Habrá que enlazarlo, Slackwater.

Leclère sonrió. Slackwater se metió un mascado en la boca, hizo un lazo corredizo y procedió con calma a enrollar algunas vueltas en la mano. Se detuvo un par de veces para ahuyentar mosquitos especialmente molestos de la cara. Todo el mundo espantaba mosquitos, excepto Leclère, en torno a cuya cabeza se veía una pequeña nube. Hasta Bâtard, tendido cuan largo era en el suelo con las patas delanteras extendidas, se frotaba las molestias de ojos y boca.

Pero mientras Slackwater esperaba a que Bâtard levantara la cabeza, llegó desde el aire quieto un débil llamado, y se vio a un hombre agitando los brazos y corriendo por el llano desde Sunrise. Era el tendero.

—C-calma, muchachos —jadeó al llegar entre ellos.

—Sandy el Pequeño y Bernadotte acaban de llegar —explicó, recobrado ya el aliento—. Han desembarcado abajo y han subido por el atajo. Traen al Castor con ellos. Lo recogieron en su canoa, encallado en un canal muerto, con un par de agujeros de bala. El otro bravo era Klok Kutz, el que le dio la paliza a su squaw y se largó.

—¡Eh? ¡W'at Ah say! ¡Eh? —exclamó Leclère con júbilo—. ¡Dat de one fo' sure! ¡Ah know. Ah spik true!

—Lo que hay que hacer es enseñarles un poco de modales a estos malditos siwashes —dijo Webster Shaw—. Se están poniendo gordos y descarados, y habrá que bajarles los humos. A reunir a todos los braves y colgar al Castor para que sirva de escarmiento. Ese es el plan. Vamos a ver qué tiene que decir por sí mismo.

—¡Heh, M'sieu'! —llamó Leclère cuando la muchedumbre empezó a dispersarse por el crepúsculo en dirección a Sunrise—. Ah lak ver' moch to see de fon.

—Oh, te soltaremos cuando volvamos —gritó Webster Shaw por encima del hombro—. Mientras tanto, medita sobre tus pecados y los caminos de la Providencia. Te hará bien, así que sé agradecido.

Tal como es la costumbre de los hombres acostumbrados a grandes peligros, cuyos nervios son sanos y están entrenados en la paciencia, así le ocurrió a Leclère, que se acomodó a la larga espera, lo que es decir que la aceptó en su mente. No había manera de acomodar el cuerpo, pues la cuerda tirante lo obligaba a mantenerse rígidamente erguido. El menor relajamiento de los músculos de las piernas hacía que la tosca sogá se le clavara en el cuello, mientras que la postura vertical le causaba mucho dolor en el hombro herido. Proyectó el labio inferior y expulsó el aliento hacia arriba por la cara para ahuyentar los mosquitos de los ojos. Pero la situación tenía su compensación. Que lo arrancaran de las fauces de la muerte bien valía algún sufrimiento corporal; solo era una lástima tener que perderse el ahorcamiento del Castor.

Y así cavilaba, hasta que la mirada se le fue por azar a Bâtard, con la cabeza entre las patas y tendido en el suelo dormido. Y entonces Leclère dejó de cavilar. Estudió al animal con atención, tratando de discernir si el sueño era real o fingido. Los flancos de Bâtard se movían regularmente, pero Leclère notó que el aliento entraba y salía un poco demasiado deprisa; también notó que había una vigilancia o alerta en cada pelo que desmentía el sueño sin trabas. Habría dado su concesión de Sunrise por tener la certeza de que el perro no estaba despierto, y en cierta ocasión, cuando una de sus articulaciones crujió, miró de soslayo y con aprensión a Bâtard para ver si se despertaba. No se despertó entonces; pero pocos minutos después se puso en pie despacio y perezosamente, se estiró, y miró con cuidado a su alrededor.

—Sacredam —dijo Leclère en voz baja.

Seguro de que no había nadie a la vista ni al oído, Bâtard se sentó, le levantó el labio superior casi hasta una sonrisa, miró a Leclère y se lamió los belfos.

—Ah see my feenish —dijo el hombre, y soltó una carcajada sardónica.

Bâtard se acercó, la oreja inútil bamboleándose, la buena oreja erguida hacia delante con diabólica comprensión. Ladeo la cabeza con aire inquisitivo y avanzó con pasos melindrosos y juguetones. Le frotó el cuerpo suavemente contra la caja hasta que ésta tembló y volvió a temblar. Leclère se equilibró con cuidado para mantener el equilibrio.

—Bâtard —dijo con calma—, look out. Ah keel you.

Bâtard gruñó ante las palabras y sacudió la caja con mayor fuerza. Luego se irguió y con las patas delanteras lanzó su peso contra ella por arriba. Leclère dio una patada con un pie, pero la cuerda se le clavó en el cuello y lo detuvo tan bruscamente que casi lo desequilibró.

—¡Hi, ya! ¡Chook! ¡Mush-on! —gritó.

Bâtard se retiró unos seis metros, con una levedad diabólica en su porte que Leclère no pudo malinterpretar. Recordó al perro rompiendo con frecuencia la costra de hielo del abrevadero levantándose y lanzando el peso sobre ella; y al recordarlo, comprendió lo que tenía ahora en mente. Bâtard dio media vuelta y se paró. Le enseñó los dientes blancos en una sonrisa, que Leclère respondió; y luego lanzó el cuerpo por el aire, en plena embestida, directo hacia la caja.

Quince minutos después, Slackwater Charley y Webster Shaw, de regreso, vislumbraron el destello de un péndulo fantasmal que se balanceaba de un lado a otro en la luz tenue. Al acercarse de prisa, distinguieron el cuerpo inerte del hombre, y una cosa viva que se aferraba a él, sacudía y mordía, dándole el movimiento oscilante.

—¡Hi, ya! ¡Chook! ¡Cría del Infierno! —gritó Webster Shaw.

Pero Bâtard lo miró fijamente y gruñó con amenaza, sin soltar las mandíbulas.

Slackwater Charley sacó el revólver, pero le temblaba la mano, como si tuviera escalofríos, y se le trabó.

—Toma, cógelo tú —dijo, pasando el arma.

Webster Shaw soltó una carcajada breve, apuntó entre los ojos brillantes y apretó el gatillo. El cuerpo de Bâtard se estremeció con el impacto, sacudió el suelo convulsivamente por un momento, y de pronto quedó inerte. Pero sus dientes seguían bien apretados.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB